

Xenofobia

La xenofobia, ese sentimiento de rechazo a la inmigración, crece por momentos. En mi inmediata experiencia, la sociedad balear, esta actitud esta cada vez más generalizada. Y variados son los factores que la propician.

La desmemoria histórica es uno de ellos. Esta tierra, desde buena parte del siglo XIX hasta la primera mitad del XX, fue tierra de emigración. Rara es la familia, con ascendencia de varias generaciones en las Islas, que no cuente con algún miembro de su árbol genealógico que optara por la emigración. Francia, Argelia, Cuba, Argentina, Venezuela fueron algunos de los destinos más habituales, pero no únicos. Algunos echaron raíces y allá se quedaron. Otros volvieron, con ahorros o sin ellos, según la suerte de cada cual. Sin embargo hoy, nadie se acuerda ya de esos tiempos difíciles que obligaron a muchos a abandonar su tierra. Si recordáramos esas experiencias, demostraríamos más comprensión hacia quienes hoy hacen el camino inverso.

El boom turístico que se inició en los 60 del pasado siglo, cambió radicalmente las cosas, convirtiendo estas tierras en receptoras de inmigrantes. Primero inmigración interna, proveniente fundamentalmente de Murcia y Andalucía. Y aunque se generaron los primeros problemas de convivencia, estos fueron pocos. A ello no fue ajeno el hecho de la existencia de bonanza económica, que permite que se imponga el "vive y deja vivir", aunque no se produjera una verdadera y total integración social (Aunque ciertamente hay una amplia interrelación entre ambas comunidades y generaciones actuales comunes, también podemos aun encontrar colectivos que mantienen una relación cerrada y ajena al entorno social y cultural de las Islas).

Hoy, la inmigración, procede de múltiples puntos de origen, con lo que el bagaje cultural y costumbrista que se entremezcla es de carácter muy diverso y a veces contrapuesto. Si a ello unimos la actual crisis económica por todos padecida, la situación es cada vez más parecida a un polvorín.

Ciertamente existe una responsabilidad por parte nuestra en mantener una postura abierta que facilite la integración. Y aunque ello es indiscutible, no es suficiente.

La integración será el resultado de un esfuerzo común, tanto de quienes recibimos como de quienes vienen a formar parte de esta sociedad. Sin él, fracasará.

Dos factores son especialmente peligrosos. En uno la responsabilidad recae directamente sobre el colectivo de emigrantes. Me refiero al esfuerzo necesario para formar parte del conjunto de la comunidad local. Y no digo que sea fácil. Nunca lo es. Pero si necesario. Tampoco digo que no haya gente que lo haga. La hay, y mucha. Pero sigue existiendo un porcentaje demasiado elevado que pretende simplemente que sea la colectividad local la que se adapte a sus modos y costumbres.

Un hecho especialmente grave es la falta de respeto cívico que en algunos casos se da, y cuando esas actitudes son rechazadas por la ciudadanía, esta es acusada de racismo. Ciertamente es que no estamos hablando de mayorías, todo lo contrario. Pero indiscutiblemente que se hace más notoria ante la opinión pública la actuación incívica que el comportamiento cívico y respetuoso hacia el prójimo. Por ello es necesario potenciar los procesos de integración cultural, resaltando precisamente las actuaciones que en ese sentido realizan los colectivos inmigrantes.

El otro es responsabilidad directa de nuestros políticos (en un sentido amplio). Las situaciones extremadamente penosas en que, en algunos casos, se han llegado a encontrar los colectivos emigrantes, y la necesidad de garantizar unos mínimos de cobertura social, han llevado, a nuestros gobernantes, a arbitrar medidas de ayuda para dichos colectivos. En un estado como el nuestro donde la protección social brilla por su ausencia, ello ha desencadenado situaciones paradójicas en las que ciudadanos del propio país se han visto discriminados en cuanto al acceso a ayudas sociales.

Evidentemente la responsabilidad de la situación no es achacable a los inmigrantes, ni la solución es negarles los recursos indispensables. Pero también es inevitable que se de una situación propicia para generar rechazo a estos colectivos.

La primera reacción, más visceral que razonada, es que ellos obtienen ventajas, pagadas por nosotros, a las que no tenemos acceso. El razonamiento es, como casi todo en este mundo, una mezcla de verdades y falsedades. Ciertamente es que dichas ayudas salen de los fondos públicos, y que estos son generados por todos nosotros. Pero también por la actividad de los inmigrantes. Ellos aportan también una parte de los mismos, ya sea directamente (si su situación y empleo son legales) o indirectamente (si su actividad forma parte de la llamada economía sumergida, ya que, aunque sea en menor medida, la riqueza generada también repercutirá en forma de impuestos). La actitud lógica es, precisamente, que cualquier actividad económica salga a la luz, impedir los beneficios fraudulentos de quienes se aprovechan de esta situación y generar los fondos públicos correspondientes.

Por otra parte, todos, inmigrantes y no inmigrantes, debemos exigir una cobertura social mínima para todos, que no implique discriminación, y que garantice un mínimo de condiciones de vida.

No hay que olvidar que los “parches” parciales a problemas concretos tienen un efecto perverso. Por una parte, convierten al colectivo beneficiado en rehén del partido político que les otorga tal beneficio. Por otra, sienta las bases para fomentar la xenofobia y el racismo. Solo la respuesta común puede, por un lado garantizar beneficios sociales mínimos para todos y la cohesión social, por otro.

La actual situación contiene los gérmenes de un grave peligro latente. Sin cohesión social, sin beneficios sociales estandarizados para todos, los fáciles mensajes populistas de la extrema derecha (del tipo: los inmigrantes nos roban el trabajo) pronto calarán en una sociedad cada vez más agobiada por esta crisis fabricada a medida de los intereses del poder financiero. Si esa situación se da, todos, inmigrantes y no inmigrantes pagaremos las consecuencias.